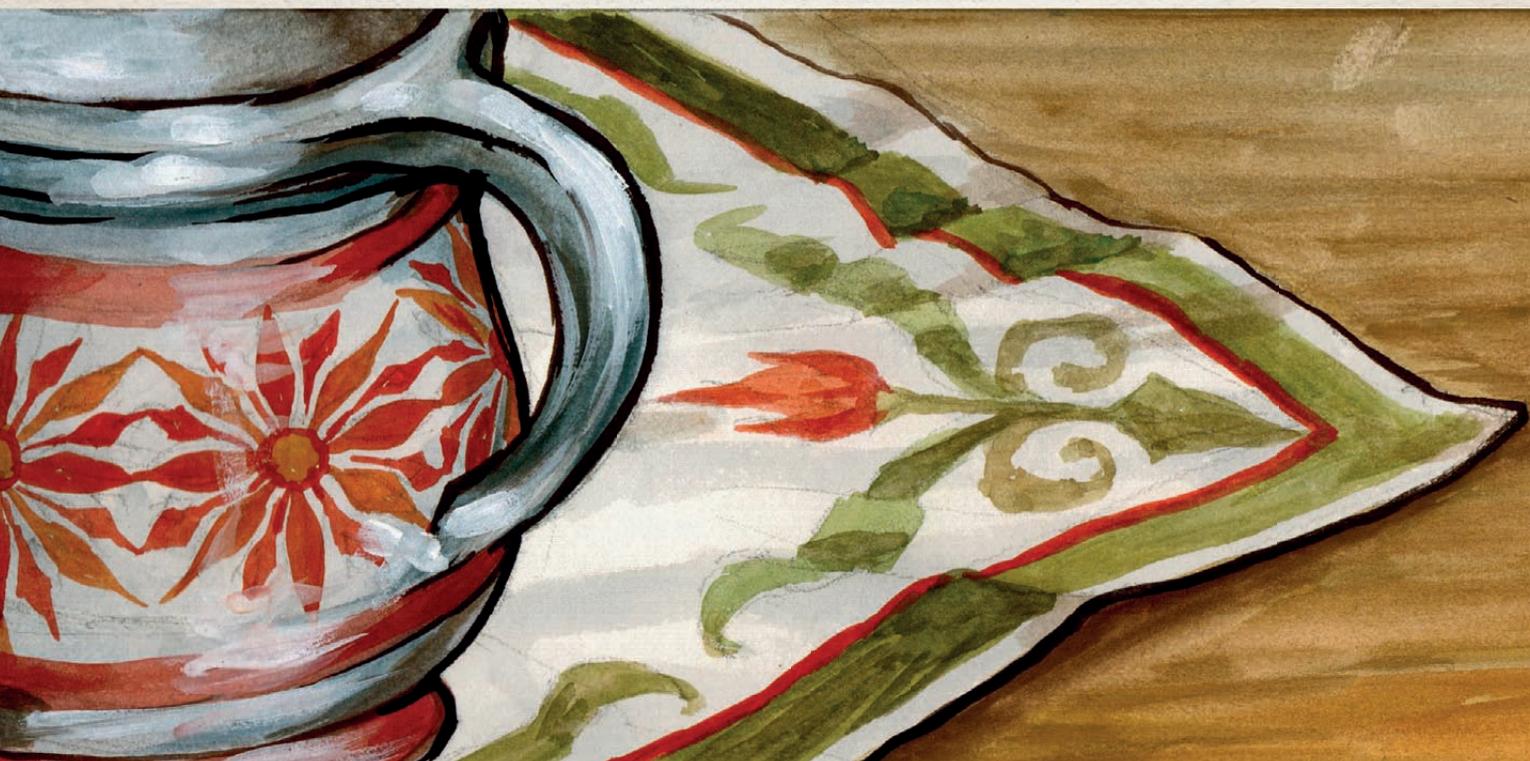


¡Ollita, cocina!

Hace tiempo vivía en un pueblo una viuda muy pobre con su hija. El tejado de su pequeña cabaña se estaba desmoronando y tapaban los agujeros con lo que buenamente podían. En verano, las dos mujeres recogían fresas silvestres; en otoño, las espigas que quedaban en los campos; y en invierno, leña en el bosque. Tenían, además, algunas gallinas. La hija iba a la ciudad a vender los huevos para conseguir al menos algo de dinero.

Un día, la madre enfermó y la muchacha tuvo que ir al bosque a recoger las fresas sola. De almuerzo llevaba un trozo de pan negro. A eso del mediodía se sentía cansada y hambrienta, así que se sentó cómodamente junto a una fuente y sacó su comida. Sin embargo, apenas hubo comenzado a comer, apareció una anciana de vestido todo raído y con una vieja ollita en la mano.

-Ay, muchachita, ¡qué hambrienta estoy! Desde ayer por la mañana llevo sin probar bocado... ¿Serías tan amable de darme un trozo de pan?



Hrnečku, vař!

V jedné vesnici žila chudá vdova s dcerou. Střecha jejich malé chalupy se rozpadala a díry záplatovaly, čím se dalo. V létě obě ženy sbíraly v lese jahody, na podzim na polích klásky, v zimě dříví v lese, staraly se o několik slepic. Dcera chodila prodávat do města vejce, aby měly aspoň nějaké peníze.

Jednou matka onemocněla a dívka musela jít do lesa na jahody sama. K obědu si s sebou zabalila kousek tmavého chleba. Kolem poledne byla unavená a hladová, uvelebila se tedy u studánky a rozbalila si jídlo. Ale sotva začala jíst, objevila se stařenka ve vetších šatech a starým hrnečkem v ruce.

„Ach, děvčátko, to jsem hladová! Od včerejšího rána jsem vůbec nic nejedla... Nedala bys mi kousek chleba?“



-Claro, abuelita, te lo puedes quedar todo. Ya comeré yo en casa, que no vivo muy lejos. Solo me preocupa que este pan no esté demasiado duro para ti.

La viejecita le dio las gracias a la joven y, para recompensarla por su buen corazón, le regaló la ollita, explicándole lo siguiente:

-No se trata de una ollita cualquiera. Cuando llegues a casa, colócala sobre la mesa y di: “¡Ollita, cocina!”, y te preparará tantas gachas como desees. Cuando creas que ya tienes suficiente, simplemente di: “¡Ollita, basta!”, y la ollita de inmediato dejará de cocinar.

Y cuando la muchacha aún no había salido de su asombro, la viejecita desapareció solo dios sabe dónde.

Ya en casa, le relató a su madre el encuentro con la peculiar anciana. Decidieron probar la ollita de inmediato. La colocaron sobre la mesa y la joven exclamó: “¡Ollita, cocina!”, y esperaron expectantes a lo que había de ocurrir. ¡Y en verdad funcionó! El fondo de la ollita comenzó a borbotear, cada vez había más y más gachas y en un santiamén la ollita estaba llena de gachas que olían de maravilla. Entonces, la muchacha ordenó: “¡Ollita, basta!”, y la ollita dejó de cocinar. Madre e hija, encantadas, se pusieron a comer.

Cuando terminaron, la joven se marchó a la ciudad a vender huevos. Esta vez no le acompañó la suerte y hasta muy tarde no dio con un buen comprador.

Mientras, la madre, en casa, hervía de impaciencia. Además, le había entrado hambre y le apetecían unas gachas. Así que colocó la vieja ollita sobre la mesa y ordenó “¡Ollita, cocina!”, y la ollita, a cocinar.

„Jistě, babičko, můžete si ho vzít třeba celý. Já se najím doma, vždyť to mám blízko. Jenom jestli ten chleba pro vás nebude moc tvrdý?“

Stařenka dívce poděkovala a jako odměnu za její dobrosrdečnost jí darovala hrneček a vysvětlila jí:

„To není ledajaký hrneček. Když ho doma postavíš na stůl a řekneš: ‚Hrnečku, vař!‘, navaří ti kaše, kolik budeš chtít. Až budeš myslet, že ti kaše stačí, zavoláš jen: ‚Hrnečku, dost!‘ a hrneček hned přestane vařit.“

Než se dívenka vzpamatovala, babička zmizela bůhvíkam.

Doma mamince vylíčila setkání se zvláštní stařenkou. Rozhodly se, že hrneček hned vyzkoušejí. Postavily hrnek na stůl a dívka zavolala: „Hrnečku, vař!“ a napjatě čekaly, co se bude dít. A opravdu! Ode dna to začalo bublat, kaše bylo víc a víc a hrneček byl plný výborné voňavé kaše cobydup. Tak děvče přikázalo: „Hrnečku, dost!“ a hrneček přestal vařit. Matka a dcera se s chutí pustily do jídla.

Po jídle se dívka vypravila do města prodávat vejce. Tentokrát se jí nedařilo, musela proto na dobrého kupce čekat až do večera.

Matka se jí nemohla doma dočkat. Dostala také hlad a chuť na kaši. Postavila tedy starý hrnek na stůl a poručila: „Hrnečku, vař!“ a hrneček vařil.





-Espera un momento, voy por un cuenco y una cuchara -musitó de camino a la despensa. Cuando ya estaba de regreso, en el umbral de la cocina, se le desencajaron los ojos. Las gachas salían a borbotones de la ollita, se extendían por la mesa, de la mesa al banco y del banco al suelo.

La madre, aturdida, no era capaz de recordar cómo se detenía. De un salto llegó hasta la ollita y la cubrió con el cuenco. Sin embargo, esto no hizo que el chorro de gachas se detuviera. El cuenco cayó al suelo y se rompió, mientras que las gachas arrollaban con cuanto salía a su paso, como una avalancha. De la cocina se abrió paso hasta la entrada sin parar por ello de aumentar. La madre emprendió su huida hacia la buhardilla y, después, ya en el tejado, se lamentaba del endiablado regalo que su hija le había traído a casa. Abajo, las gachas borboteaban y manaban sin fin, salían por las ventanas y por la puerta hasta el camino y, de ahí, hasta la plaza del pueblo.

Quién sabe cómo habría acabado este asunto si en ese momento no hubiera regresado de la ciudad la hija, que gritó tan rápido como pudo: “¡Ollita, basta!”.

En la plaza del pueblo quedó tal montaña de gachas que los campesinos que volvían del campo por la tarde se abrían paso hacia su casa a través de las gachas... ¡a bocados!

„Počkej chvilku, dojdu si pro misku a lžíci,“ zamumlala na cestě do spíže. Když se vracela, na prahu kuchyně vytřeštila oči. Kaše se z hrnečku valila na stůl, ze stolu na lavici a z lavice na podlahu.

Zaskočená matka si rychle nemohla vzpomenout jak hrneček zastavit. Přiskočila k němu a přikryla ho miskou. Tím však proudy kaše nezastavila. Miska spadla na zem, rozbila se a kaše se hrnula dál a dál jako povodeň. Z kuchyně se roztékala do předsíně a pořád jí přibývalo. Matka se utekla schovat na půdu a potom na střechu a lamentovala, co dcera přinesla domů za vypečený dárek. Kaše bublala a valila se pořád dál, vytékala okny i dveřmi na pěšinu a až na náves.

Kdo ví, jak by všechno dopadlo, kdyby se v tu chvíli nevracela dcera z města a rychle nezavolala:

„Hrnečku, dost!“

Na návsi zůstal takový kopec kaše, že sedláci vracející se večer z pole domů se museli tou kaší prokousat!